

NATURA

REVISTA QUINCENAL
DE
CIENCIA, SOCIOLOGÍA
LITERATURA Y ARTE

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Florida Blanca, 126, 1.º, 2.º.—Horas de oficina: de 1 á 2 y de 8 á 9

Lecciones

(Continuación).

El Birmano vive su vida y la vive plenamente. Necesita el sol, el aire puro, las meditaciones profundas en el bosque. Necesita el amor, el compañerismo, las voces de los amigos, las dulces risas de las mujeres, la alegría de los niños. Quiere vivir su vida plenamente y tiene necesidad del descanso para la educación de su corazón, á fin de que pueda gozar de todas estas cosas, pues sabe que es preciso aprender á saborear la felicidad, que el goce no viene naturalmente, que es necesario una educación apropiada para ser feliz, para estar de buen humor y ser candoroso. No es necesario huir de nuestros semejantes encarnizándose en el trabajo si queréis aprender á simpatizar con sus placeres y sus dolores. La religión del Birmano le enseña que el don supremo es la simpatía, que es el principio de la verdadera sabiduría, y que poseyendo este don se puede obtener todo. Cree asimismo que la felicidad lo es todo y es lo principal de la vida.

Nuestras ideas son bien diferentes. Nosotros aceptamos vivir días sombríos, sin amor, sin belleza, sin todo lo que tiene un valor para el corazón, con tal de amasar un poco de dinero, con tal de ensanchar el círculo de nuestros negocios, con tal de poder convertirnos en inmundos personajes. Aun somos más bestias, porque nos persuadimos de que el trabajo y la fatiga son bellos por sí mismos, que el esfuerzo continuo y el trabajo encarnizado son cosas admirabilísimas.

Y llegamos á creerlo porque no sabemos cómo gustar de nuestro descanso, porque no sabemos buscar, no sabemos ser felices. Y volvemos de nuevo á nuestro trabajo, al esfuerzo febril, porque no podemos reflexionar, ni ver, ni comprender. «El trabajo es un medio para lograr el reposo.» Aristóteles lo enseñó; el Birmano diría que es necesario el reposo para que el hombre desarrolle su alma. Precisa que trabajemos, sin duda alguna, pero no en un exceso de trabajo.

El Birmano nos contempla con extrañeza. Nos vé trabajar, trabajar y trabajar; nos ve cómo envejecemos prematuramente, cómo nuestras simpatías, nuestras inteligencias están cohibidas, vendidas nuestras almas por un poco de dinero, por una pequeña renta, por un simple avance en el empleo, hasta que llega nuestro retiro, cuando no sabremos ya qué hacer porque no podremos trabajar y no tendremos simpatía por cosa alguna, y al fin morimos sin dejar nada detrás de nosotros.

Y no se crea que los Birmanos son perezosos. Jamás se ha visto una nación de trabajadores como ésta. Cada hombre trabaja, cada mujer trabaja, cada niño trabaja. La vida no es allí fácil, sino difícil, y hay mucho trabajo que efectuar. No

hay un solo hombre ó mujer perezosos en Birmania. La clase de los que viven gracias al trabajo de los demás, no existe. Creo que un Birmano no aceptaría vivir á este precio, porque sabe que es bueno una cierta cantidad de trabajo. Le gusta un poco de trabajo, y lo efectúa porque sabe que es necesario ganar lo poco que le precisa para satisfacer sus necesidades. Pero de aquí no pasa. Es un hombre libre, no es esclavo de los demás hombres, ni de sí mismo.

Por esto no creo que pueda constituir nunca esto que nosotros llamamos una gran nación. Jamás intentará conquistar otros pueblos, ni con la espada, ni por el comercio, ni por medio de la religión. Tampoco se cuidará nunca de hacer oír su voz arreglando los asuntos del mundo. No quiere mezclarse con los asuntos ajenos; cree que semejantes procedimientos son perjudiciales á los unos y á los otros.

No será nunca ni muy rico, ni muy poderoso, ni muy adelantado en ciencia, acaso ni siquiera en arte, aunque en éste no estoy seguro del todo. Acaso sea grande en literatura y en arte. Sea lo que fuere, tiene su idea, y será siempre el pueblo más grande del mundo porque es el más feliz.

De The Soul of a people, pág. 121.

H. Fielding.

Los Veddahs de las rocas no conocen la distinción de clases y aunque cada partido tenga un jefe, el viejo más enérgico de la tribu, este jefe apenas ejerce autoridad. Otro tanto puede decirse de la mayor parte de los pueblos salvajes monógamos que hemos mencionado. Entre los Padams, á excepción de los esclavos, todos pertenecen á un mismo rango, y de los Rukis se dice que todos comen y beben juntos y que «un hombre vale lo que otro». Lo mismo puede decirse de las tribus de los Chittagong Hills en general, que gozan de una perfecta igualdad social; su vida nómada se opone á toda grande acumulación de fortuna.

De Origine du mariage, pág. 476.

Westermarck.

Los salvajes de la América septentrional viven bajo las leyes de la simple naturaleza y no conocen el «tuyo» y el «mío» que son causa de todas las desgracias. Se socorren mutuamente sin ser solicitados y lo que es de unos es común á todos. Así es que no tienen procesos, ni querellas, y no hay robos ni bandidajes. No hay ninguna clase de subordinación entre ellos y se burlan de los cristianos diciendo que son esclavos que no pueden vivir en sociedad sin renunciar á su libertad natural.

Voyages de l'Amérique, pág. 196.

Barón de la Hontan.

Estos turcomanos, según mis informes, poco parecidos á los publicados por Muravieff, están divididos en nueve pueblos ó *khalks* que se dividen en troncos ó *taïfes*, y se subdividen en ramas ó *tires*.

La doble adherencia, la solidaridad que une los individuos pertenecientes á cada rama, después las ramas de que se compone cada tronco, forman el lazo principal que mantiene juntos los elementos de esta singular sociedad. No hay un solo turcomán que desconozca la rama ó tronco de que forma parte y que no ensalce con orgullo la fuerza ó el número de esta sección de su pueblo. Y en esta sección es donde encuentra siempre una protección contra la violencia arbitraria de los miembros de los demás *clans*, pues la tribu entera persigue la reparación de una sinrazón cometida contra uno de sus hijos.

Los nómadas que habitan esta comarca vinieron á visitar la caravana. Algunos

negocios se contrataron; á crédito vi ultimar compra-ventas de una cierta importancia. La redacción de las letras de cambio y sobre todo su transcripción me fueron entregadas. Muy extraño me ha parecido que el deudor, en lugar de entregar su firma al acreedor, se guarde el título de su deuda en el fondo del bolsillo; sin embargo esta es la costumbre en todo el país. Un acreedor á quien interrogué sobre el particular tan contrario á nuestras costumbres, me respondió con perfecta naturalidad: «¿Por qué conservaré este escrito y de que me serviría? El deudor, al contrario, tiene necesidad de él para acordarse del día que le toca pagar su deuda y de la suma á que se ha obligado á restituirme.»

¿Pero cómo es que estos bandidos de profesión cuyo natural salvaje jamás conoció un freno, viven al lado unos de otros sin devorarse? Efectivamente, es un tema de extrañeza que redobla cuando se ha adquirido la certidumbre de que, á pesar de la anarquía, á pesar de la ausencia total de civilización, entre estos bárbaros se cometen, fuera de las hostilidades abiertamente declaradas, muchos menos robos y crímenes, menos atentados contra la justicia y la moral, que en los demás pueblos asiáticos cuyas relaciones sociales tienen por regla los dogmas religiosos y políticos del mahometanismo.

Esto obedece á que, si el Islam tiene poca influencia sobre ellos, en cambio estos turcomanos obedecen al *deb*, es decir, á la moral, ó si se quiere, al uso, á la costumbre, que para ellos es un soberano todopoderoso, inviolable precisamente porque es invisible y cuya autoridad secular nadie sueña en discutirla.

Según las prescripciones de esta ley no redactada, pero inalterable y obedecida en todas partes, los turcomanos siguen ó repudian tal ó cual práctica...

Voyages d'un faux derviche, pág. 35, 36, 38, 39 y 91.

A. Vambéry.

(Continuará).

G. de Molinari

La obra de los gobiernos

Los vicios y los abusos del gobierno de las sociedades, ocasionan un desperdicio de fuerzas y de riquezas que va creciendo á medida que aumentando el poder productivo del hombre, ha desarrollado los recursos de las naciones. Armados del poder irresistible que les confiere una soberanía sin límites, no teniendo que soportar sino á intervalos cada vez más largos la presión de la competencia vital en su primitiva forma de guerra, protegidos contra la competencia en su forma nueva por la persistencia de un régimen de «sujeción» que castiga como un acto de alta traición toda tentativa separatista de los consu-

midores de sus servicios, investidos asimismo de un monopolio que pone á merced suya, á despecho de todas las garantías constitucionales ó análogas, las libertades necesarias del individuo: libertad del trabajo, del cambio, de asociación, etc., y que subordina el derecho de propiedad de cada uno de sus «súbditos» á su soberano derecho de tasar, reglamentar y hasta apropiarse tal ó cual rama de la industria que juzguen propia á aumentar sus recursos y á cubrir sus déficits, los gobiernos civilizados ó pretendidamente tales, se han entregado, hace un siglo, á una verdadera orgía de gastos. Para lograr esto

les ha sido preciso someter á sus súbditos á una contribución cada vez más complicada y tupida, que arrebató á la multitud, en los países menos gravados, una quinta parte del producto de su trabajo y en los demás absorbe un tercio, sin hablar de lo que se sacan por impuestos de protección en provecho de los intereses políticamente influyentes.

Y no se han contentado con estas cargas que aplastan á la generación presente: han tasado, con los empréstitos que se van multiplicando sin medida, el trabajo de las generaciones futuras hasta la consumación de los siglos.

Las nocividades causadas por este régimen de monopolio gubernamental son á la vez materiales y morales. Pueden resumirse en dos palabras: encarecimiento y corrupción. Las cargas impuestas á la generalidad de los contribuyentes ó de los consumidores por las tarifas fiscales ó proteccionistas se añaden, en último análisis, á los gastos de la producción y elevan artificialmente el precio de las cosas. Este encarecimiento tiene por efecto natural é inevitable empobrecer las poblaciones disminuyendo su poder de compra. Otro efecto peor hay además del empobrecimiento en una época en que el engrandecimiento de la esfera de los cambios pone á todos los pueblos en competencia, y es el de exponer á los más débiles en esta lucha á la pérdida sucesiva de sus medios de subsistencia, á una decadencia y á una destrucción tan seguras, y tal vez tan completas, como las que amenazaban antes

con la invasión y la conquista. La corrupción es otro fruto de este régimen. Á medida que los gobiernos crecen en volumen, que extienden más sus atribuciones y que sus presupuestos aumentan, se van convirtiendo en una presa tentadora, pues colocan á los que los posean en condiciones de existencia cuya superioridad es tanto más grande sobre las de la multitud cuanto más pesadas son las cargas públicas que la aplastan. En posesión de la máquina temible que fabrica leyes, confiere protecciones, subvenciones y monopolios, teniendo á su disposición un presupuesto que suma centenares de millones y en los grandes Estados miles de millones, los gobiernos son los dispensadores del poder y de la riqueza. De ahí que se haya formado una clase de «políticos» que desempeñan cerca del cuerpo electoral, investido de la soberanía, un papel análogo al de los cortesanos de los soberanos del antiguo régimen. Se esfuerzan en persuadir á esta multitud ignorante y apasionada que ellos sienten por la Patria un amor no menos puro y desinteresado que el que sus antepasados sentían por el Rey. Halagan sus apetitos más groseros y sacrifican sin pudor los intereses generales de esta patria que dicen adorar, á los intereses particulares de que depende su elección. Y para decirlo todo de una vez, son los artesanos del inmenso despilfarro de fuerzas vitales que agota las naciones modernas y de las prácticas viciosas que las desmoralizan.

De Comment se résoudra la question sociale.

E. Clemenceau

Cafres de todos los países

La ley de la oferta y de la demanda es el principio fundamental de la economía política, como sabe ya todo el mundo. Si queréis, podéis dudar de Dios; nadie os molestará. Pero si os viene la idea mal-

adita de poner vuestra sacrilega mano sobre el axioma-fetichismo de los economistas, enseguida seréis declarado anatema, excomulgado en este mundo y quemado en el otro, después de haber sido previa-

mente excluido de la santa congregación de los republicanos del gobierno.

Verdad es que tan pronto como las mismas gentes que os habrán vilipendiado de tal modo os hayan excluido de de todos los mandarinatos que son la herencia de la burguesía, se apresurarán á adjudicarse á manos llenas los monopolios de la banca, de la mina ó del transporte, ó falsearán los precios por medio de leyes proteccionistas, cosas todas absolutamente contrarias á la *ley natural* de la oferta y de la demanda. Es un estado de gracia que les viene directamente del Dios de Israel. Ellos guardan el principio divino, nos imponen su observación, pero lo violan cuando les place, por especial privilegio, y milagrosamente lo convierten en saneadas rentas.

Si se os ocurre proponer al Estado que los reglamente y haga aplacar el rigor de la oferta y de la demanda en beneficio de los bípedos humanos que este Moloch economista acumula en los cementerios, se os responderá por boca del Sr. Leon Say, que los monopolios se hicieron para sus amigos y las leyes de la economía política para los vuestros. Y, en efecto, esta es la última palabra de esta noble ciencia en virtud de la cual prosperan el Instituto, la Hacienda y el Gobierno, mientras que los simples mortales que no poseen una cartera ministerial, ni tienen cuenta corriente con el Banco de Francia, ni se sientan en la Academia, únicamente se les admite en el honor de sudar todo el año y sacar un palmo de lengua, pues si el primer principio de la economía política consiste en que la ley de la oferta y de la demanda debe tener libre curso á través de todo, la segunda regla intangible de esta providencial doctrina estriba en que el trabajo humano, es decir, el hombre mismo, su vida, la de los suyos, es una mercancía de igual título que un manojo de rábanos ó un haz de leña.

Para cada uno de nosotros la capacidad de vivir depende, por lo tanto, y únicamente, de la oferta de las vidas que compiten en el mercado del trabajo, convertido en feria de ganado humano, y de las demandas que de ellas pueden hacer los amigos de Leon Say deteniendo en sus bolsillos los permisos de vida ó de muerte.

No cabe duda de que la humanidad se extrañará en día de que haya habido seres pensantes y parlantes para aplicar á este sangriento desorden la inesperada denominación de orden social.

Sé muy bien que en nuestros países de Europa la *sensiblería*, como dijo el doctor G. Daremberg, nos induce á guardar las apariencias y nos hace cubrir con un manto ostentoso de caridad cristiana los actos de crueldad, los crímenes contra el hombre, los cuales son el fundamento del lujo cristiano santificado por la Iglesia. Hospitales, congregaciones millonarias para el servicio de los pobres, fiestas caritativas y todo el aparato de egoísta bondad con que se adorna la vanidad burguesa, son otros tantos artificios para engañarnos y permitirnos negar la realidad de sufrimiento y de muerte que hacemos de nuestra voluntad.

Nuestros administradores de minas arrojarán, reducirán á los horrores del hambre jefes de familia culpables de haberse asociado con objeto de poder defender el pan de sus hijos, y después extraerán del dividendo acrecentado por medio de estas torturas algunos billetes de banco que deslizarán en la mano del sacerdote: «Para vuestros pobres, señor cura». ¿Qué queréis que haga el hombre de Iglesia, sino decirles que son muy bondadosos? Se lo dice y los otros lo creen. Así va el mundo salido del Cristo, con su sacerdote asalariado, su accionista bendecido por Dios, y su pobre que de su propia substancia les hace rentas.

Es la apariencia, la apariencia embustera que nos permite ilusionarnos sobre estas cosas y las hace aceptables á nuestra hipocresía, á pesar del horror del mal que clama contra los felices de la tierra. El día en que la verdad desnuda salga de su infame presidio, exhibiendo al sol la verdad espantosa de sus úlceras, deslumbrará los ojos que no quieren ver; romperá los tímpanos que no quieren oír, la vergüenza se abrirá paso, cambiarán las voluntades y se pronunciará la palabra por cuya virtud se establezca un nuevo orden de amor humano.

He aquí porque leí con tanto interés en el *Journal des Débats* el relato de un viajero que nos llega de un país donde actualmente se instala sin velos la civilización de la economía política, donde impera con toda su perfecta desnudez la triunfante ley de la oferta y de la demanda aplicada al trabajo humano.

Se trata del *País del oro*, de estas inmensas explotaciones industriales cuyo espectáculo nos dan los ingleses en el África meridional. El narrador, Enrique Bousquet, es poco sospechoso de parcialidad antipatronal en razón del periódico que ha escogido por confidente de sus impresiones. Escuchémosle:

«Usted no conoce nuestros recintos de negros, nuestro *compound*, me dijo mi amigo. La visita le parezca tal vez curiosa. Seguramente V. habrá oído hablar de los «claustros» de Kimberley: *los obreros negros están sometidos á un régimen severo, su contrato los convierte en esclavos de la Compañía; no tienen ninguna libertad, no salen nunca, no ven á sus mujeres y amigos sino en presencia de los vigilantes. Estas precauciones son legítimas; así se hace imposible el robo de diamantes y previniendo la borrachera, impidiendo las depredaciones y el desorden, permite sacar de esta masa de tres mil salvajes un trabajo útil.*

»Nuestro sistema es más indulgente,

no sometemos á nuestros obreros á reglas tan estrictas; viven á costa nuestra en un *compound*, *obligados á habitarlo*, pero no se les prohíbe salir. No tememos los robos del oro y de amalgamas.

»...Penetramos en el recinto. Adosadas á la barrera, en hilera, estaban las cabañas de barro á la moda hotentote, con una sola abertura.

»...¿Desea V. visitar nuestras cantinas?

»En la entrada del *compound*, se elevaban dos edificios sin pisos, de ladrillo. Entramos. «He aquí, dijo el *manager*, la cocina donde se prepara el maíz. Se echa medio triturado en estas enormes cubas, con agua y sal. Al cabo de poco tiempo de fuego lento la pasta está cocida. ¿Quiere V. probarla? Es un poco sosa, pero muy alimenticia.

»Usted ya sabe que nuestros boys están divididos en pequeñas tropas: cada una tiene su cabaña, donde los hombres se acuestan los unos al lado de otros en camas de campaña; *no me pida visitarlas, sería peligroso para su higiene personal aventurarse en estos chiribitiles.*

»—¿No se producen disputas?

»—Raras veces, nuestros boys son muchachos pacíficos; no meten ruido sino cuando están borrachos; tienen demasiado miedo al látigo y al palo.

»—¿Entonces, tienen ustedes una policía y jueces para dictar sentencias?

»—Vamos, bien veo que sus ideas son las de un Europeo, me respondió mi amigo. En el recinto de esta propiedad, el juez soy yo, y mi policía, aquí la tiene usted.» Y con el dedo me mostró dos negros colosales que se habían acercado. «¿Ve usted esta placa de acero que llevan en el brazo? Es la insignia de su dignidad; les confiere el derecho de distribuir bastonazos.

» — ...¿Qué salario perciben vuestros negros? pregunté á mi amigo.

»—Cerca de 74 francos al mes, me dijo; la comida y el albergue corren de

nuestra cuenta. He aquí una cuestión que preocupa vivamente á la dirección de las minas, la del *native labour*. Por un momento se temió que el desarrollo de nuestras explotaciones hiciera encarecer la mano de obra. Pero este temor no existe ya; gracias á los esfuerzos de nuestra dirección, estamos seguros de que no nos faltarán nunca obreros y esperamos que dentro de poco podremos reducir su salario. Actualmente empleamos 40.000; si, como se presume, sus salarios pueden disminuirse de diez libras al año, hará una economía para el Rand, de cerca de cuatrocientas mil libras; cinco millones de francos...

»—¿Y como esperan lograrla?

»—De un modo bien sencillo: organizando entre las tribus un sistema de reclutamiento tal que baste un simple aviso nuestro para atraer aquí el número de boys necesarios: de este modo somos dueños de fijar las condiciones del contrato.

»Este sistema pronto funcionará; las autoridades portuguesas aceptan *expendirnos, á 50 fr. por mes, negros Irhambanes y Chupis; por el mismo precio tendremos Mapungas y negros de Lorenzo Marquez*. No daremos más á los que nos vengan de Zoutpansberg. La única dificultad estriba en asegurar su transporte y alimentación, pero no es una dificultad invencible.

»Tenemos el apoyo del gobierno boër, que con el impuesto que saca á cada obrero negro que introducimos, se hace un bonito ingreso.»

No haré notar sino un punto de esta curiosa narración. La Compañía minera emplea 40.000 obreros cafres con un salario de 74 francos mensuales. Estos hombres están albergados y mantenidos ya hemos visto cómo. Y sin embargo, cosa extraña, aun se teme un alza de salarios. El Cafre se hacia raro, diezmado por la mina, y la ley de la oferta

y de la demanda quería que la mano de obra se encareciera.

¿Y qué hacen los administradores de la mina para burlar las leyes naturales del economista Leon Say? Pues inventan un sistema de reclutamiento que confiesan les hace dueños de fijar las condiciones del contrato entre el obrero y el patrono. Y este sistema consiste en hacerse enviar de diversos países del África los negros que abundan. ¿Vienen estos voluntariamente? Nadie se hace ilusiones sobre el particular. Llegan, y esto es lo principal, aportando con ellos una reducción de salario de 74 á 50 francos. De este beneficio hay que descontar las primas pagadas á los gobiernos que entregan este ganado, y queda aún un beneficio de cinco millones de francos para el dividendo.

Así funciona la ley natural en toda su belleza. Si se descubre aún una nueva clase de salvajes á que se pueda obligar á un régimen más inferior aun, serán otros tantos nuevos millones para el dividendo.

¿Quién me da noticias de la bondad patronal en esta bendita tierra de los economistas? ¿Dónde los hospicios, los asilos, las casas de socorro, la participación en los beneficios, etc., etc.? Inútil, bien inútil, todo este dispendioso despilfarro. La oferta, ayudada del palo, pone á disposicion del patrono más vidas humanas de las que puede consumir, y desde entonces no tiene más que una idea: extraer de este ganado, con el menor precio posible, toda la fuerza de trabajo que pueda contener. Y baja el salario y revienta la bestia de carga porque la bestia de carga abunda. Y de este exterminio metódico haremos millones para la Bolsa, placeres para gentes que ni siquiera verán jamás Cafres ni minas. Tal es para los economistas la ley de la distribución providencial de los bienes de la tierra entre los hombres.

He ahí los hechos que registra el

Journal des Débats con evidente satisfacción. Hacer bajar de un tercio la mano de obra, no porque lo exija el estado de la industria, sino simplemente para aumentar el beneficio á costa de las vidas humanas, le parece el efecto de una ley de la naturaleza. Aprended, ¡oh Cafres imbeciles! y sabed de una vez que el Capital no se humaniza sino cuando halla ante él una resistencia determinada.

En el *Réveil du Nord*, leí una vez la historia de un tabernero del Pas-de-Calais que embolsaba de una compañía minera una prima de 5 francos por cada obrero belga que lograba hacer venir trabajando con menos salario. ¿Acaso

esto no es toda la historia de los negros portugueses y boërs que van á hacer la competencia al Cafre del *compound*?

El Cafre del Pas-de-Calais es el obrero francés, ¡oh bondadosos economistas! Lo que de él hicieron en el pasado vuestros clientes, lo atestiguan bien alto los escandalosos beneficios de las acciones mineras. Y lo que de él harían aún sin el auxilio de estas asociaciones obreras que tanto maldecís, no me cabe duda después de leer el instructivo ejemplo que os complacéis en citar.

Vamos, Cafres de todos los países: defendeos.

También esto es *ley de la naturaleza*.

Justice, París, 27 Mayo 1895.

C. Cornelissen

(Conclusión.)

Sobre la cooperación

¿Cómo vamos, en un movimiento comunista, á sustituir los intermediarios entre obreros productores y obreros consumidores por medio de asociaciones de producción, introduciendo entre las filas de las organizaciones obreras la competencia que, hasta el presente, se manifiesta tan rigurosa entre los empresarios particulares? Ni que nos hubiésemos vuelto locos. Y si algunos de nosotros, sobre todo los que no carecen de energía y de iniciativa, se separasen del movimiento general para ir á absorberse entre los «negocios» ¿de qué utilidad podría ser esto al movimiento obrero comunista? ¿Qué ventaja reportaríamos de que algunos obreros se encontrasen colocados en mejores condiciones de existencia y acaso con la perspectiva de una pensión en la vejez ó un seguro contra las enfermedades y los accidentes?

Fácilmente se ve que el defecto principal de la cooperación reside en la base sobre la cual se apoya. La cooperación

no ataca el modo de producción y de apropiación capitalistas en su principio, al contrario, acepta la conservación del cambio de mercancías y tiene por objeto la creación de una aglomeración de consumidores privilegiados entre los cuales se formarán seguramente ciertas categorías de obreros que verán mejorar su situación ligeramente sin salirse del régimen capitalista. Por consiguiente, la cooperación produce una especie de nueva pequeña burguesía que amenaza cobijarse entre la pequeña burguesía propiamente dicha y el proletariado.

En su origen la cooperación contiene, pues, bajo sus dos formas, una tendencia conservadora y hasta reaccionaria. Además, como ya hemos observado, priva al movimiento obrero de sus elementos más capaces. En este mundo de negocios el mismo horizonte de los más atrevidos no va más allá de su panadería cooperativa ó de los espejos de su establecimiento de vestidos. Los más enérgicos se transforman en admi-

nistradores ó directores de empresas capitalistas, se hacen pronto necesarios en su medio é instalan á beneficio suyo una administración organizada jerárquicamente que de ningún modo difiere de una explotación capitalista jerarquizada. En la vida práctica, la cooperación se presenta bajo un aspecto mucho más triste del que dejan suponer estas consideraciones teóricas.

Inglaterra ha experimentado, más que ningún otro país, los efectos de la cooperación obrando en el seno del movimiento obrero. La práctica ha demostrado en dicho país que las asociaciones productivas procedentes de los sindicatos obreros no podían por lo general mantenerse, sobre todo á causa de la insuficiencia del número de obreros que poseen las capacidades teóricas y administrativas indispensables para la dirección de empresas industriales más ó menos complicadas.

Conviene hacer observar que los obreros tendrán que vencer dificultades hijas de la competencia de los capitalistas y hasta de los mismos obreros. Millones engulleron las cooperativas de producción, perdidos para las asociaciones obreras de Inglaterra. El movimiento en su favor que á veces se manifestó entre los sindicatos ingleses, se desvaneció tan pronto como de proyecto pasaron á la práctica.

Entre 1848 y 1851, idénticas experiencias hechas en Francia fracasaron, contribuyendo acaso las influencias políticas en este resultado. Semejante fracaso ocurrió asimismo á las tentativas efectuadas durante la tercer república, aunque las condiciones eran más favorables.

El pequeño número de empresas de esta clase que tuvieron éxito, cambiaron completamente de carácter, convirtiéndose en asociaciones de obreros-patronos que se servían de peones asalariados.

Particularmente bajo esta forma de

cooperación quedó establecida la prueba de este hecho: El obrero no está preparado para el manejo de los negocios.

Otra dificultad había también en las sociedades cooperativas de consumo inglesas. Las personas capaces, una vez salían de la esfera de los sindicatos obreros para colocarse al frente de una empresa cooperativa, pérdidas estaban para la causa obrera en general. Además, colocadas estas personas en el primer plan dentro de la cooperación, solían volverse en la vida práctica tan duras con sus empleados subalternos como los mismos empresarios capitalistas.

Fuera de Inglaterra, el gobierno severo y hasta tiránico que reina en la cooperativa socialista-demócrata del «Vooruit», en Gante, demuestra una vez más esta verdad.

Es este un fenómeno que no nos extraña, porque en el mundo obrero, como en todas partes, el poder, por su naturaleza, conduce á la opresión.

Asimismo en la vida real la mejora de la situación material de los obreros cooperativistas no es más que relativa en este sentido que las condiciones bonificadas por la cooperación reaccionan sobre los salarios de los obreros.

Es fácil convencerse de la exactitud de esta aserción, sobre todo allí donde han fundado cooperativas rivales varios partidos políticos, como liberales y radicales, que han erigido sus propios establecimientos en competencia á las cooperativas fundadas por asociaciones obreras.

Los salarios excesivamente bajos que se pagan en las fábricas y talleres de Gante, en Bélgica, ciudad cooperativista por excelencia, pueden ser citados como ilustración de este hecho.

Los partidarios de la cooperación objetan que ésta, en sus dos formas predominantes, es, al contrario, apta para servir á los obreros organizados para la

lucha de clases, pudiendo favorecer el éxito de huelgas, procurar trabajo á las víctimas de esta lucha, á todos los propagandistas de la clase obrera que después de ser arrojados á la calle por el patrono á causa de sus ideas, véanse rechazados en todas partes.

Por lo que concierne á este último extremo, existe una diferencia de opinión entre los cooperadores de principio del movimiento obrero, sobre la cuestión de saber si la cooperación debe tener por objeto procurar una carrera á los obreros despedidos. Unos desean que los víctimas sean aceptados, pero á condición de que posean las mismas capacidades que los demás candidatos. Otros, al contrario, desean que la cooperación sea, en principio, un instrumento de guerra en la lucha de clases á que se ha lanzado el proletariado. Para este objetivo consideran como medio esencial la creación de diferentes empleos para los combatientes desgraciados, en la seguridad de que los propagandistas perseguidos no serán los menos capaces y por lo general poseerán en grado superior la energía y la inteligencia.

Sin embargo, ¿qué es de ellos desde el momento que entran en las cooperativas? La práctica nos lo enseña. Habiendo encontrado una situación cómoda se convierten pronto en prudentes dispuestos á abandonar la lucha á otros camaradas.

Además, no hay que esperar este auxilio efectivo dado á los huelguistas por las cooperativas, — tomadas como instrumentos de lucha de clases — por lo menos allí donde la cooperación se ha fijado dentro del movimiento obrero y puede defender sus propios intereses.

Los jefes de una empresa cooperativa están interesados como cooperadores á que sus cajas no se agoten en pro de una huelga cualquiera; aplican, por lo tanto, toda su influencia, á veces muy importante, á que no estallen las huelgas.

¿Qué sería de los dividendos á distribuir, sobre todo en ciudades donde hay establecimientos competidores dirigidos por empresarios burgueses?

Realizar beneficios, he ahí la necesidad urgente que hay que considerar en el mundo de los negocios; y las empresas cooperativas no difieren, bajo este aspecto, en nada de las demás empresas, sean cuales fueren.

Los intereses de los directores de cooperativas forman uno solo con los de sus almacenes, y no pueden marchar de acuerdo con los periodos turbulentos de las huelgas y la revolución social. Aquí, sobre todo, reside la tendencia conservadora de la cooperación.

Precisamente cuando prospera la empresa á cuyo frente están colocados, los jefes de una cooperativa tienen intereses repulsivos de toda revolución, en contradicción directa con los intereses de las masas proletarias.

Si, por casualidad, una empresa cooperativa situada en el seno de la clase obrera ha sostenido alguna vez la huelga vecina, este sostén ha permanecido siempre en oposición con la tendencia de la cooperación.

Toda sociedad cooperativa es una empresa capitalista; la intervención de la política en su ambiente es, en el fondo, tan nociva á su prosperidad como la de la religión en los sindicatos obreros.

Al llegar aquí tenemos que decir algunas palabras á los que defienden en la cooperación la mejora de situación económica de los obreros so pretexto de que se realiza sin que el Estado se inmiscuya en ello y acaso á pesar suyo.

A decir verdad, la cooperación funciona fuera de la esfera del Estado. Pero esta latitud no le es otorgada sino mientras que el Estado se mantenga fuera de la cooperación.

El que ejerce un comercio ó dirige una empresa industrial debe estar diariamente al tanto de las leyes de su

país, de lo contrario las autoridades podrían molestarle. Desde el momento que la cooperación tiende á suprimir los intermediarios establecidos entre los obreros-productores y los obreros-consumidores, es necesario convencerse de lo siguiente: que estos intermediarios, esta clase numerosa de pequeños comerciantes, tenderos, fabricantes, reclamarán, naturalmente, la protección de la ley contra las sociedades cooperativas.

Ahora bien, utilizada la cooperación como máquina de guerra de clases, sería por este hecho antipática á las clases dominantes que harían todo lo que estaría en su poder para neutralizar su influencia. Las reclamaciones de la pequeña burguesía estimularían al Estado en este sentido.

A pesar de todo esto hay casos en que la cooperación puede servir indirectamente á la causa obrera, á condición, sin embargo, de que no se cruce en el camino del movimiento obrero, que no obstaculice su acción por el juego de sus propios intereses.

Á veces las grandes asociaciones obreras pueden, por la influencia de sus miembros, determinar las cooperativas vecinas á contratar con ellas el suministro de géneros á precio fijo durante todo el tiempo de una huelga ó de un *lockout*.

En Inglaterra los sindicatos obreros ejercen ya alguna influencia en esta

dirección. Pero esta influencia es más eficaz desde que diferentes sociedades cooperativas se disputan la clientela obrera de una cierta región; la amenaza de un *boicot* sería de efecto inmediato.

Sin embargo, este positivo sostén acordado por la cooperación en la lucha del proletariado, no puede ser más que temporal. El día en que la cooperación se agregue al movimiento obrero querrá hacerse valer. Con el comercio y el tráfico se introducirán la parálisis y la corrupción en las filas de los obreros revolucionarios. En una sociedad capitalista no se puede comerciar y traficar sin adaptarse al medio en que se vive y sin convertirse en «hombre de negocios».

Si resulta verdad decir que la huelga, aun la que fracasa, tiene siempre alguna consecuencia útil, aunque sólo sea ilustrar á los obreros respecto su condición social, con la misma certeza se puede afirmar lo contrario tocante á la cooperación cuando no se ejerce fuera de la organización de la clase obrera. Que las empresas fracasen ó tengan éxito colocadas en el seno de las organizaciones obreras, siempre tendrán funestas consecuencias sobre el movimiento revolucionario que tiende á la emancipación de la clase obrera. Arduo es averiguar si, desde este punto de vista, el fracaso ó el éxito es deseable. En el primer caso hay un mal financiero, en el segundo un mal moral.

De *L'Humanité Nouvelle*, Agosto 1899, París.

J. Bruguera

Individualidad

Si se tiene en cuenta el papel que representa el hombre en la naturaleza, ó sea una partícula de este todo, que podemos llamar sér por las partes que le integran y que le conceden una vida eterna y en armonía con sus fases con-

tinuamente mudables, concederémosle una completa individualidad, á causa de la vida propia de que disfruta y de las manifestaciones interiores y exteriores á que dan lugar las leyes de la atomicidad á que está sujeto, que devienen pu-

ramente individuales por la razón de los efectos, diferentes en todos los cuerpos á pesar de las mismas causas.

Todas las sensaciones obran en él, aun exteriorizándose, á no ser que sean origen de una acción; las manifestaciones de voluntad, deseo, pensamiento, etc., tienden á un cumplimiento de necesidades del individuo que las concibe.

Obsérvese, que no debe traducirse esta especie de reclusión en el individuo, por un egoísmo, pues estas manifestaciones de que hablo pueden representar un interés en el mejoramiento ajeno y aunque parezca ello una especie de correlación íntima con los otros seres con obligación expresa, no es así, sino que esta acción no es más que producto de un deseo que le ha impresionado, le ha hecho sentir en sí; la manifestación externa, en este caso, representa la voluntad del hombre en hacerla extensiva á los que con más ó menos fuerza se sientan atraídos por una afinidad bien natural, bien producto espontáneo de las funciones vitales.

Si le considerásemos en completa unidad puesto en la naturaleza, podemos afirmar que sentiría, satisfaría sus necesidades, aunque con mayor rudo esfuerzo, y hasta en el sólo transecurso, limitado por cierto, de su vida, progresaría, evolucionaría, como fin del deseo de invertir menos esfuerzo en la satisfacción de aquellas necesidades. Fuera esta, perfección material aunque implicaría un desarrollo en su cerebro y como resultado un conocimiento más extenso y profundo de cuanto apareciese á su alrededor. En cuanto al orden moral, progresaría asimismo en grado relativo viéndose reducido á lo que estrictamente al pasar por sus ojos le hiciera observar alguna sensación y por lo tanto á los fenómenos de vida.

Todo ello; la posibilidad de vivir el hombre por sí solo, sin relación con los demás, afirma su completa individualidad.

Por lo tanto, á este ser que podemos llamar *capaz*, debe considerársele libre en toda su extensión.

¿Es así como se le considera?

No, si se atiende que debe sujetarse á una corriente establecida por una colectividad casi siempre llamada mayoría, que aun en sus más tenues actos logra imponerse. Y esa imposición que impera, amparada por una costumbre establecida en el tergiversamiento del orden social hace enmudecer la voluntad y ahoga el deseo. Y como consecuencia, acaba con la vida del individuo obligándole, aun á su pesar, á formar parte de este bloque que obedece á las órdenes de espíritus prestigiosos, por su derecho exclusivo en exteriorizar su intención é imponerla á los demás. Y este prestigio pasa á ser poder en toda su extensión y ante él sucumbe toda aspiración individual.

Observad nuestras sociedades y no veréis en ellas hombres, sino masas de carne que se mueven, piensan y hasta sienten, como fin de una impresión, pero no obran por sí solas, conforme á su criterio, á su temperamento y hasta á sus necesidades, sino que lo hacen inconscientemente, según costumbre, traducíéndose por costumbre la imposición de la voluntad ajena, en una generación inconsciente.

Y he aquí, porque la individualidad actual, que no puede afirmarse sin obtener una superioridad material sobre los demás y aun así en grado relativo, dentro los límites que permite un orden de cosas establecido, se crea reducida á una lucha contra la colectividad y aun contra el individuo, hasta sacrificarlo si conviene, embruteciendo su espíritu, creando odios, despreciando al semejante hasta lograr lo que se llama vulgarmente una buena posición que por el excesivo esfuerzo que exige y por su representación material puede heredarse según la ley artificialmente constituida.

Podrá verse en esto la existencia de

la individualidad, mas será obedecer á un falso raciocinio si se atiende que no representa más que un interés en obtener una posición firme, para no sucumbir en la lucha que se establece por los que bajo la advocación de la costumbre pretenden imponerse, lo que obliga por tanto al individuo acomodarse á aquella lucha y á sus resultados que aprueban seguidas generaciones; á la voluntad y al deseo, se sobrepone la astucia y cuando esta ha demostrado llegar á su grado máximo, que es así cuando mayores triunfos ha alcanzado sobre el débil, tradúcese en pasaporte para disfrutar de un bienestar de conformidad á la costumbre.

Pero aun así, á pesar de existir estos moldes que no permiten ninguna expansión moral, las funciones de esta clase, obran en el hombre-individuo aunque con prostituidos resultados, y cuando no, se traducen en fantasías por el solo síntoma del contagioso ambiente, quedando por lo tanto reducidas aquellas funciones en el interior y anulada la voluntad de realización; lo que corrobora la existencia natural en el hombre, de cualidades y condiciones que le permiten obrar de una manera propia, é independiente de influencia ajena.

Para que el hombre represente una fuerza que se desarrolle en provecho del todo de que forma parte, debe poder obrar de conformidad á su criterio, debe poder dar libre expansión á sus deseos y dar satisfacción á sus necesidades.

Sería en este concepto el verdadero individuo, sin que la relación forzosa le adulterase sus sentimientos y aniquilase sus funciones. La relación, en este caso, fuera voluntaria, por afinidad en primer lugar natural con los demás seres, pero sin obligación precisa para con ellos, sino como resultado de ofrecerles el producto de sus fuerzas, no imponérselo, y en segundo lugar, por la afinidad espontánea en una clase de aspiraciones ó en

varias, para realizarlas con la aunación de esfuerzos dirigidos al mismo fin.

Pero en ambos casos, esta relación que la afinidad establece, está saturada, así en su conjunto que en cada una de sus partes de una libertad completa; no liga ni constituye núcleos sino voluntarios y aun más espontáneos.

Siempre que el individuo no obra por sí mismo y que por lo tanto lo hace solamente impulsado por elementos ajenos, representa una fuerza muerta que ningún beneficio ofrece ni en ninguna forma imprime huellas de su existencia en lo que le rodea, señal de completa somnolencia.

Y como consecuencia de este cúmulo de energías desmoronadas y como sumidas en un sueño eterno, el proceso evolutivo de las generaciones sigue á paso tan lento que muchas veces parece estacionado. Los que más en él se interesan, que en su beneficio dirigen sus esfuerzos, si bien en el concepto individual son fecundos, en el grado relativo de su potencia, en el concepto colectivo ó social ó más bien en la aplicación de los resultados hallados, son impotentes.

Véanse obligados á luchar con la inconciencia, engendradora del poder y tiranía que asimismo entorpece las vías de aplicación ó si procura aprovecharse de ellos, lo hace solo en beneficio propio.

Y nótese que ésta, la inconciencia, es ya fruto de la restricción de la individualidad. Es consecuente resultado del abandono del hombre, á las costumbres de los demás de una manera metódica é incondicional; y por lo tanto, imposibilitado de conocer el alcance de sus facultades, por la nulidad que en las mismas en cuanto al uso ha establecido, véase incapaz de producir en el concepto moral y no poniendo en estado de acción las funciones que le son confiadas en el término de su existencia, de conformidad á su vida propia, queda degenerado, sucumbe al poder que en consecuencia

se establece y que aprueban seguitas generaciones por el ambiente en que se desarrollan, y á no ser por los átomos constitutivos del cuerpo que viven en continua evolución, transformándolo en la totalidad de sus miembros, lo que le afirma una existencia material, podríamos creer en el hombre de barro de la creación en idéntico estado en que fué sacado de los moldes divinos.

En esta condición, prodúcese aun otro efecto retroactivo y es la imposibilidad de penetrar cualquiera medida de carácter progresivo, perdiéndose, por tanto, éstas en el vacío, si es que no satisfacen la aspiración del privilegiado, lo que representa un desmerecimiento de energía del espíritu que ha logrado imponer en su amplitud de juicio su individualidad natural; y si alguna vez parece resucitar el hombre de esta muerte moral, ante alguna de estas medidas, no hace sino constituirse en admirador por el pestilente atavismo que le corrompe y al mismo tiempo que queda establecido un ídolo, queda afirmada más la inconciencia, por la manera de obrar en masa, que al igual que cualquier objeto arrastrase al impulso de la fuerza ó bien por sugestión, aun á pesar de hallar en ello resultados contraproducentes.

Por lo tanto es fácil deducir que toda tendencia á la evolución humana mediante la sujeción á determinadas reglas que establecen una uniformidad, es lo mismo que amoldar las facultades del hombre para que sienta y obre de conformidad á aquellas reglas, lo que las supone limitadas al mismo tiempo que establece un estacionamiento en cuando se llegue á los extremos del molde fabricado; produce idénticos resultados que los producidos por un erróneo concepto social y cuyas consecuencias observamos; y por la razón de límites en ambos casos.

El hombre debe ser considerado, en razón de su existencia, en completa indi-

vidualidad para que pueda dar expansión á sus necesidades por el deseo y voluntad que le inspiran.

En esta condición la energía existe y arraigada para producir fructíferos resultados.

Toda medida de progreso, debe ser primeramente inspirada en un interés de perfección individual, interés tan sólo emanante de una energía despierta y de un estado consciente que afirma cada vez más dicha perfección.

Todo progreso colectivo, debe ser resultado de una colección de progresos individuales y aun así, con un carácter voluntario ó bien espontáneo, de otra manera, no se comprende la bondad de conocimiento establecido en la colectividad, sin atender los efectos á que puede dar lugar en cada una de las partes que la integran en un todo diferente.

La asociación, ó sea la reunión mutua de individualidades, sólo debe concederse para que surta buenos efectos, con un carácter libre, obrando en sus funciones cada una de ellas y de conformidad á sus deseos, aunando tan sólo esfuerzos como resultado de toda afinidad.

Verdad es que en esta forma queda anulada toda tolerancia, pero, si observamos detenidamente los objetos que surte esta condición, que supone un apocamiento en todo sér ó más bien una humillación exterior, aunque con un odio interior y que por lo tanto establecé en su conjunto una hipocresía, deberemos concederle un carácter altamente despreciable; en una completa libertad de las funciones individuales, no puede admitirse por la razón de que cohibe una parte de las mismas, y sobre todo destruye la base de asociación por pura afinidad espontánea. Sobre la tolerancia debe ponerse el respeto que ya de hecho queda establecido al mismo tiempo que el principio de individualidad.

Por lo tanto, no deben inculcarse reglas fijas á los cerebros para que vayan

dirigidos á un determinado fin. Conduce ello á una aberración de los sentidos hasta crear un fanatismo, inevitable al no prever otras esferas que las que ve claramente en la medida que alcanza su inteligencia.

Al cerebro debe instruírsele de manera que pueda obrar libremente y que

saque consecuencias con carácter propio, para lo cual, basta solamente ponerle en contacto con los medios en que debe desarrollarse el sér é instruírle de las funciones de que es objeto, único modo de ser consciente así de él mismo que de sus actos y obrar en consecuencia.

Pedro Novoakow

Una flor en el desierto

¿Habéis visto alguna vez una flor que, viviendo en la escasa tierra que salpica las arenas del desierto, se alza suplicante hacia el cielo? ¿Alguna vez habéis visto una luz ondulante que viniera á romper la monotonía del vacío obscuro? En vuestros paseos ¿no tropezasteis con una hierbecilla, llena de frío, en medio de los helados ventisqueros? ¿No visteis, cuando el cielo está oculto por las formas movientes de las nubes, cómo en un punto se rasga la espesa cortina de agua vaporosa, y cómo pasan por el hueco abierto los rayos ofrecidos por el astro divino?... Pues, perdida en medio del desierto obscuro, lleno de misticismo, de filosofía de muerte, hay una flor que irradia el perfume agradable de un sensualismo pagano, que dirige un canto al amor, hacia los cielos.

En el negro torbellino de la muerte, ondula indecisa la partícula de luz; y mañana, cuando nada quede de la esterilidad del desierto, la flor se elevará como un himno á la belleza de las formas, como un cántico dulce al amor de los sexos... No ignoráis ya que el ventisquero, que las nubes tristemente plomizas, que la obscuridad espantable, que las estériles arenas del desierto, que todo eso, en fin, es el frágil monumento construído con las piedras de los libros sagrados; que la luz, la flor, es el *Cantar de los Cantares*...

Escondida bajo una apariencia reli-

giosa, oculta bajo la forma de un paganismo cristiano, se descubren las suaves voluptuosidades que, en los segundos más cortos de su vida, han recreado el pensamiento del hombre, del sabio. Una estatua que represente una hermosa pareja entregándose á las caricias del amor bajo un bosque de mandrágoras olorosas, de vides y de granados florecientes; una escultura que, estando cubierta por un transparente y sutil velo, nos permitiera ver la flexibilidad de los curvos contornos de la Dríada acariciadora en los brazos del joven Narciso: he ahí la imagen del Poema.

Una ninfa, bella entre todas las hijas de Nereo y Doris, como la rosa de Sarón y el lirio de los valles, codiciable como las cabañas de Kedar, exclama apasionada: «¡Oh si él me besara con ósculos de su boca!»; y loca de amor, ardiente, después de comparar á su amado á un manojito de mirra que reposará entre sus pechos, después de decir que él es para ella como un racimo de Cipro en las viñas de Engaddi, después de escuchar de boca de su amado la declaración de su belleza infinita, le dice: «He aquí que tú eres hermoso y suave, amado mío.»

«...Habló, y me dijo: Levántate, oh compañera mía, hermosa mía, y vénte... Ha pasado el invierno, hanse mostrado las flores en la tierra... La higuera ha hechado sus higos, y las vides en cierne dieron olor: levántate, oh compañera

mía, hermosa mía, y vénte». Ella entonces, enferma de amor, exclama en su locura: «Hasta que apunte el día, y huyan las sombras, tórnate amado mío; semejante al gamo ó al cabrito de los ciervos sobre los montes de Bether... Mi amado es mío, y yo suya; él apacienta entre lirios».

¿Quién no es capaz de interpretar la sensación de dónde ha surgido esa súplica, velada por los sollozos de la Driada?... Por las noches buscaba en su lecho florido al que amaba su alma; lo había buscado, y á su lado tropezó con el vacío horrible. Levantóse un día, y por las calles y plazas de la ciudad buscó á su amado; lo encontró al fin, y temiendo verse nuevamente sola, temiendo perderlo, no encontrarlo deseoso en su lecho, sus labios celosos pronunciaron aquellas palabras: «Yo os conjuro, oh doncellas de Jerusalén, por las gamas y por las ciervas del campo, que no despertéis ni hagáis velar á mi amor, hasta que él quiera». «...Sé, amado mío, semejante al gamo ó al cabrito de los ciervos sobre los montes de Bether»... Y él, el joven hermoso, el querido de las Nereidas de las fuentes, de las Orcades de los montes, de las Driadas y Nafeas de los bosques y prados, era para su amada «como el manzano entre los árboles silvestres»: Bajo su sombra deseó ella sentarse un día, y allí, descansada, sonriente, paladeó el dulce fruto del árbol codiciado (1), deseosa de que la derecha

(1) Si la creencia, hoy muy extendida, de que el manzano es el «árbol de la vida» de que nos habla *El Génesis*, tuvo su origen antes del reinado de Salomón, es demasiado significativo el V.º 3.º del cap. II del *Cantar de los Cantares*, que dice: «Como el manzano entre los árboles silvestres, así es mi amado entre los mancebos: bajo de su sombra deseé sentarme, y me senté: y su fruto ha sido dulce á mi paladar.»

Recibido:

Del editor F. Serantoni, de Firenze: *Alla conquista dell' Arvenire*, versos, y *Guerra alla Guerra*, conferencia, por Pedro Gori.

O Libertario, de Río Janeiro; *Aurora*, de Málaga; *Hierro*, de Buenos Aires.

Imprenta Moderna de GUINART Y PUJOLAR.—Cortes, 645 (chaflán Bruch).—BARCELONA

de su amado la estrechara, y de que su izquierda le sirviera de almohada á su cabeza ardiente.

...—«Toda tú eres hermosa, compañera mía. Vendrás conmigo del Líbano, ¡oh esposa!, conmigo vendrás del Líbano: mirarás desde la cumbre de Amama, desde la cumbre de Seuir y de Hermón; desde las guaridas de los leones, desde los montes de los tigres»...

—Vén tú, amado mío, vén á mi huerto, y come de la dulce fruta que te ofrece, porque yo soy tuya...



Ante sus amigas, ella, la mujer amada, describe la hermosura de su esposo; y él, ante los convidados á sus bodas, dirige un canto lleno de sensualismo á las formas bellas de la esposa. Pinta los contornos de sus muslos, las redondeces de sus pechos, la belleza sublime de su vientre, la brillantez intensa de sus ojos... «¡Qué hermosa eres, y cuán suave, oh amor deleitoso!»... Y ella, ansiosa por respirar el aire del campo, queriendo ofrecer sus caricias bajo el mudo testimonio de los árboles floridos, dice á su amado: «¡Vén, oh amado mío, salgamos al campo, moremos en las aldeas. Levantémonos de mañana á las viñas; veamos si brotan las vides, si se abre el cierne, si han florecido los granados: allí te daré mis amores... Yo soy tuya, y tú eres mío!»...

¡Que cántico sublime! No he visto muchos que encerraran tanto deseo en tanta poesía. No parecen los amantes la Iglesia y el «divino Maestro»; parecen Vénus y Adonis en el templo de Lesbos, como pudiéramos parecer yo y mi amada bajo la sombra de dos sauces.